

Después de Eugenio Sue, Considérant, y Béranger, Zola, poco tiempo antes de morir, se tornó en corifeo de la doctrina; Gorki la proclama en Rusia abiertamente, y Tolstoi la prohija, envuelta en nebuloso misticismo; Gabriel D'Annunzio le da en Italia el prestigio de su nombre; Wells la difunde por Inglaterra en sus extraños libros; y Blasco Ibáñez es su paladín elocuente en la península española. En los Estados Unidos del Norte, el aplaudido escritor Upton Sinclair, publica novelas inflamatorias, destinadas á exaltar al pueblo y á lanzarlo contra los ricos, como jauría de canes hambrientos.

La última obra de este celebrado escritor, «La Metrópoli,» describe de un modo irritante el lujo y las extravagancias de la sociedad neoyorquina; es un cartucho de dinamita literaria arrojado sobre Wall Street. Háblase ahí de palacios de mármol con galerías de bronce, pavimento de precioso mosaico, tapices persas, lunas venecianas, obras maestras de pintura y escultura, colgaduras regias y todo género de preciosidades y bibelotes. La dueña de la casa es presentada con traje de brocado de plata, calzado bordado con piedras preciosas, y tiara y collar de turquesas rodeadas por cerco de brillantes. La mesa de esos magnates, es semejante á la de Lúculo; para servirla, se ponen á contribución todos los países y todas las estaciones, ostentándose en ella de preferencia los productos de las tierras más lejanas y los más contrarios á la época en que se sirven. No sabiendo las mujeres cómo gastar el dinero, inventan cosas delirantes y locas: una se hace incrustar los dientes con diamantes, otra unce á su carruaje un tronco de zebras. Los hombres se adornan las muñecas con brazaletes y las damas ponen ajorcas en sus tobillos. Esos excéntricos tienen camaleones, serpientes y lagartijas favoritas en sus domicilios. Uno bebe coñac por la nariz; éste patina en hielo artificial en pleno verano; otro organiza campeonatos de tenis en traje paradisiaco; y todos aquellos elegantes y magníficos, se agitan en atmósfera caldeada de extravagancias, estupideces, orgías y despilfarros.

*La Metrópoli* es un espolazo feroz dado á todo un pueblo, y ¡qué pueblo! aquel: donde existen las fortunas más grandes del mundo, donde son absorbidos todos los días los pequeños capitales, por los grandes, y donde la población de trabajadores, proletarios é infelices, crece de una manera alarmante de momento á momento. De libros como ese, puede decirse lo que se dijo en su tiempo,

de «Los Girondinos» de Lamartine: pintan una revolución y llevan en sí el germen de otra.

## V.

Aun no ha podido tomar pie en Méjico la idea socialista; pero ya se dibuja en nuestros horizontes la sombra que precede á su presentación. Ambiciosos vulgares ó políticos frustrados, que no han podido arribar á los puestos que desean por medio de la lucha legítima y honrada, han procurado sembrar en algunas agrupaciones de nuestras clases obreras, esa mala semilla, y hemos visto ya en estos últimos tiempos en nuestro territorio, movimientos desordenados y criminales de obreros ó mineros, que han pretendido obtener de sus patrones, por medio de la violencia, ventajas más ó menos justificadas, y se han entregado á los mayores desafueros contra cosas y personas. Para reprimir tales asonadas é impedir la propagación del mal, ha sido preciso echar mano de medidas represivas sumamente severas; y triste resultado de tales manejos ha sido el sacrificio de algunas vidas y la pérdida de algunas propiedades.

Pero ya los socialistas europeos tienden el anzuelo á las incautas clases trabajadoras de nuestro país, y comienzan á consagrarles escritos falsamente humanitarios con el propósito de irritarlas, despertar su indignación y prepararlas para la violencia. En la imposibilidad de hablar de todos esos escritos, me contentaré con mencionar uno tan sólo, por ser el más característico y reciente. Me refiero al del furibundo anarquista Carlos Malato, quien fué acusado de complicidad en el atentado dinamitero cometido en París contra el Presidente Loubet y Alfonso XIII. Este, pues, acaba de publicar en la revista socialista internacional *Los Documentos del Progreso*, un artículo ponzoñoso, titulado «Los Indios son esclavos en Méjico.» El autor pretende haber obtenido los datos de que hace uso, de un mejicano bien informado, y afirma que nuestro país es uno de aquellos donde se impone de un modo más apremiante el problema de la emancipación de los oprimidos, pues nuestros aborígenes se hallan en estado de semiesclavitud y son víctima de una explotación cruel, sostenida por el despotismo político. Hace á grandes rasgos la historia de la Conquista, y de

la guerra de Reforma, y establece que la educación de los nativos está absolutamente abandonada, que millones de ellos, por este motivo, se hallan á la merced de los grandes propietarios y de los grandes industriales; y que á nadie mejor que á ellos mismos, puede aplicarse el nombre de *mansos* con que en el país se les designa. De su seno, agrega, sale el peón trabajador de las haciendas, más desdichado que el proletario irlandés, que el campesino siciliano y que el mismo mujik ruso; pues no es un ser, sino una cosa. Describe su vida miserable dentro de un jacal bárbaro, comiendo mal, vistiendo peor y embriagándose casi siempre; no pagado en dinero, sino con fichas ó papeles admisibles sólo en la finca donde trabaja, y obligado por lo mismo, á no salir de ahí. El hacendado es un señor feudal que, á despecho de los códigos y de los tribunales, se hace justicia por sí mismo, y no sólo reprende y multa, sino golpea y martiriza á sus subordinados, privándolos de alimento, apaleándolos, someténdolos al tormento de la gota de agua, poniéndolos en el cepo y atándolos á las ruedas de las carretas. Agrega que, siempre adeudados con sus patrones, están obligados los peones á servirles perpetuamente, y cuando huyen de la hacienda, son detenidos por las autoridades y tratados como dos veces esclavos, por siervos y por deudores. Habla de propiedades territoriales tan grandes como naciones, y asegura que casi siempre esos dominios se han formado por medio del despojo realizado contra comunidades indígenas: yaquis, mayas, tarahumares, papantecas y otras.

Largo sería seguir paso á paso al apasionado escritor en su dramática cuanto exagerada pintura de las desdichas de nuestras clases rurales; básteme decir que hace todo lo posible por recargar de sombras el cuadro, con el propósito sin duda, de despertar los instintos rencorosos y vengativos de los mismos á quienes pretende defender.

Habla también de nuestros obreros. Afirma que en su mayor parte trabajan de doce á catorce horas diarias, y algunos hasta diez y seis, ganando salarios miserables; que el sistema de las multas los hiere sin piedad; que de su menguado salario se les descuenta una parte para pago de médico y sacerdote, y que se les prohíbe leer periódicos subversivos. Asevera calumniosamente que no es permitido entre nosotros la formación de sindicatos obreros, y luego se contradice mencionando dos de ellos como existentes en nuestro territorio, uno de los cuales, dice, es

tan moderado, que cuenta entre sus miembros honorarios, buen número de funcionarios de alta categoría. «Se necesitaría más de un volumen, concluye, para pintar los abusos y crímenes que se perpetran para provecho del capital en ese Méjico agobiado por una tiranía de hierro. ¿Quién podría describir los horrores del Valle Nacional y de Yucatán, llamados la Siberia mejicana, una Siberia donde se queman las víctimas en lugar de helarse y á donde son relegados los adversarios del gobierno? Allí se agoniza bajo los rigores de la fiebre, las picaduras de reptiles (menos maléficos que los hombres) el hambre, los trabajos forzados y el látigo.»

El breve bosquejo que antecede, podrá dar alguna idea del tono y tendencias del artículo. Afortunadamente á los oídos de nuestras clases agrícolas y obreras, no ha llegado el llamamiento de Malato y otros seductores; pues por el momento, nos pone á cubierto contra tales cábalas, el estado general de atraso de nuestro país, penosa, pero eficaz profilaxis contra ese contagio. Tenemos, además, muy escasas industrias, y aun nuestra población minera forma una pequeña minoría en la gran muchedumbre de nuestro pueblo. Y como las ideas socialistas prenden y estallan principalmente entre esas dos compactas agrupaciones, por ser las más fácilmente explotables por capitalistas ó agitadores, resulta que la anárquica corrupción no ha llegado á contaminar sino á contados individuos, y nunca á la gran masa de nuestro pueblo.

El analfabetismo obra como preservativo contra la invasión de las ideas disolventes, pues impide que la mayoría de los proletarios corrompan su espíritu y su corazón con la lectura de libros, opúsculos y periódicos mal intencionados; resultando así, por extraño caso, que aquello mismo que motiva nuestra inferioridad, constituya nuestra inmunidad contra principios deletéreos y establezca un cordón sanitario entre nosotros y la peste que nos cerca. Mas el actual estado de cosas no puede perpetuarse; irá modificándose día á día por virtud de nuestro mismo progreso. La paz que disfrutamos, el orden en que vivimos, el florecimiento inicial de nuestras industrias y el bienestar que por todas partes comienza á sonreírnos determinan un movimiento de adelanto en toda la masa de nuestro pueblo, desde arriba hasta abajo, desde los caudillos hasta los más rudos labriegos. Esta marcha ascendente traerá por consecuencia la difusión de las luces, y, con ella, la de

las doctrinas revolucionarias. Esto es inevitable, pues una cosa lleva consigo la otra. La ilustración es un bien muy grande, pero preñado de peligros; y el que apunta para nosotros, es uno de los más palpables y dramáticos de todos. A pesar de eso, no podemos ni aun pensar en detener el avance de nuestra cultura, por miedo al porvenir; tanto más cuanto que fuera inútil empeño el pretenderlo, ya que nada puede atajar la marcha universal de la humanidad hacia su destino.

Lo único que podemos hacer, es prepararnos desde ahora para hacer frente al conflicto, estudiando atentamente el problema, para que no nos coja desapercibidos cuando llame á nuestras puertas. Por fortuna tenemos tiempo todavía para ello. Seamos, pues, prudentes, y consagremos nuestros desvelos á analizar el futuro conflicto, en medio de la tranquilidad de la época presente, cuando nuestro espíritu equilibrado puede discurrir sin apremio y proyectar sin congoja; y no lo dejemos para más tarde, cuando estemos anonadados por el terror, ó mal aconsejados por el odio. Todos cuantos se interesen por el porvenir de la patria, deben consagrarse á esta labor, y poner su grano de arena en esa grande obra; pues si así no lo hacemos, nos cogerán los acontecimientos por sorpresa, y la nación nos echará en cara más tarde á los hombres de esta generación, el haber sido poco previsores y patriotas.

Méjico es una nación joven y en vía de formación: la generación actual la está organizando y echando las bases de su porvenir. No tardemos, pues, en tomar medidas contra el riesgo indefectible que ya se anuncia, aunque todavía no se presenta, contra esa marea montante que lame ya los cimientos de nuestro edificio y amenaza batirlo con el ariete formidable de sus olas.

## VI.

Hace ya casi veinte años, dijo el Presidente del Consejo de Ministros de Italia, que la cuestión social era tan formidable que, junto á ella, palidecían todas las otras: Guillermo II convocó un congreso para ocuparse en su estudio, y ateos y creyentes, obispos, príncipes y periodistas, tomaron una parte activa en el debate, proponiendo diferentes medidas y sistemas para hacer frente á la dificultad.

Por aquel tiempo publicó el célebre archimillonario norteamericano, Mr. Andrew Carnegie, en la «*North American Review*» un estudio titulado «La Riqueza,» que tuvo inmensa resonancia por donde quiera, y muy especialmente en Inglaterra. Don Gumerindo de Azcárate, en un precioso librito llamado «Los Deberes y Responsabilidades de la Riqueza,» dió cuenta detallada y oportuna de esa publicación y de las consecuencias á que dió origen; todo lo cual es tan interesante y precioso, que no puedo abstenerme de exponerlo á mi vez, aunque sea de modo somero.

Afirma Carnegie que el gran problema de nuestra época es la administración de la riqueza, pero de modo tal, que se establezcan vínculos de fraternidad entre el pobre y el rico. Se han transformado por completo, dice, las condiciones de la vida en los tiempos que alcanzamos; en los antiguos había poca diferencia entre las del rico y las del pobre, mientras en los modernos, media una gran distancia entre el lujo de aquél y la estrechez de éste. El cambio es debido á que antes se fabricaban todos los productos á domicilio y á mano, originándose de ahí su escasez y carestía; en tanto que hoy se producen por mayor en las grandes fábricas, con increíble economía, resultando de esto, que los pobres viven ahora mejor, y tienen á su disposición cosas que fueron antes desconocidas hasta para la gente más opulenta, y que los ricos poseen objetos y refinamientos que no disfrutaron ni reyes ni príncipes en épocas poco anteriores á la nuestra. Pero ha resultado también que los capitalistas y los obreros vivan apartados y sin punto de contacto entre sí. La situación actual es el producto del progreso, y sería ocioso combatirla ó tratar de modificarla, tanto más cuanto que, bien dirigidos y encauzados los acontecimientos, pueden dar resultados favorables para las clases mismas que se presentan como antagonistas. Debe, pues, estudiarse la manera de evitar rozamientos entre ricos y pobres con motivo del gran desarrollo de la riqueza y de su concentración en pocas manos. La riqueza debe ser empleada de un modo generoso, y no egoísta. Para eso hay tres medios: ó dejarla como herencia á la familia; ó legarla para fines públicos después de la muerte; ó administrarla y aplicarla en vida á esos objetos. Pasa Carnegie en revista las tres soluciones, y reprueba la primera y la segunda, aquella por desmoralizadora, y por ser perjudicial para los hijos la posesión gratuita de bienes cuantiosos, y la segunda,